

se encontraba cerca de esa posición. Aréizaga y los batallones a su mando quedaron guarneciendo el cerro de Los Pueyos, a la derecha de la línea española.

Los relatos que he manejado, siguiendo la pista de fray Servando y de Mina, son absolutamente coincidentes con la descripción que fray Servando hace de la batalla en su carta a Pomposo. Fray Servando, con su batallón, estaba en la vanguardia, sufrió el embate de las tropas francesas, retrocedió en los inicios de la pelea y pasó a reforzar las baterías del centro situado en Las Horcas. Mina, desde el cerro de los Pueyos, objetivo de los ataques franceses, una y otra vez rechazados, se movía entre Los Pueyos y Las Horcas, llevando información y transmitiendo órdenes. La victoria española y el canto de fray Servando subido en un cañón, encaja perfectamente con la descripción del general Blake, que en su parte de guerra se refiere en varias ocasiones a los Voluntarios de Valencia: primero, cuando señala el lugar donde se situó el batallón, «a las órdenes de don Pedro Texada». Luego, al observar la retirada de las tropas de la vanguardia, «a las cuales de mi orden se juntó la caballería... no podían resistir y... a mis instrucciones se replegaron, haciendo la debida resistencia, la infantería a la ermita de la derecha...». (En esta ermita estaban Aréizaga y Mina). Más adelante, en el momento culminante del ataque francés, recuerda que el enemigo «llegó casi a rodear una de las baterías; los que se adelantaron perecieron por el fuego de nuestras tropas, principalmente del de los Voluntarios de Valencia, que después del ataque de la vanguardia se había retirado a la posición general»¹¹.

La descripción de fray Servando está llena del colorido y la frescura del testigo presencial: «El día 23 nos atacaron desde las siete de la mañana los franceses con 15 mil hombres, mil caballos y la correspondiente artillería. Hicieron especialmente los aragoneses aquel día prodigios de valor y nunca los franceses pudieron avanzar por la izquierda; pero en la derecha y el centro estaban tropas bisoñas de Valencia que era el primer día que veían el fuego y comenzaron a huir en pelotones. Todo nuestro campo se replegó al ímpetu de la caballería; ya las balas de cañón enemigas penetraban hasta el río de Alcañiz y una me hizo a mí volar por los aires; pero caí sin lesión. A las tres de la tarde todo era perdido y los franceses estaban a la puerta de la ciudad y subían a tomar la primera batería, que ya no les ofendía. Guardábamosla los Voluntarios de Valencia y recibiendo orden de acometer a bayoneta calada, porque no había lugar para más, fue tal el ímpetu de mi batallón, que ellos no aguardaban, que recularon como doscientos pasos, lo que les puso el tiro de la artillería a metralla, que en un instante barrió toda la división de granaderos del Vístula, puso en fuga el resto del ejército francés y se decidió la victoria. Yo no sabía qué hacerme, porque los míos me habían entregado los prisioneros y era

¹¹ José Gómez de Arteche y Moro. *Ibidem*, págs. 427-430.

necesario auxiliar a los heridos expirando. Luego subí a la batería y, sobre el cañón de la victoria, que todavía disparó veinte granadas, prorrumpí en esos vivas poéticos que van a lo último y aunque resonaron en todo el ejército, no tienen más mérito que el improvisamiento y circunstancias»¹².

Por su parte, Martín Luis Guzmán, en la biografía de Javier Mina¹³, siguiendo las obras de Arce y otras, relata con el estilo novelesco brillantísimo que lo caracterizaba, en amplias y sugestivas páginas, la batalla de Alcañiz, subrayando los papeles de Aréizaga y de Mina y siguiendo con fidelidad el parte de guerra del general Blake. Guzmán, sin embargo, desconoció la presencia en Alcañiz de fray Servando y sus hermosos versos de la victoria. Hablando de los suyos subraya que «Aréizaga y su división se habían señalado por su tenacidad y su valor. Mina acababa de saborear las mieles del triunfo»¹⁴.

En el texto oficial del Servicio Histórico Militar¹⁵, se publican un croquis y una crónica, que resumen el contenido exacto de lo que ya he recogido a través de los demás documentos.

El encuentro entre Mina y fray Servando, tanto en las jornadas anteriores, a lo largo de la batalla, como en los días inmediatos siguientes, tuvo que ser frecuente. La relación entre ellos sería sin embargo muy desigual: de una parte estaba el capellán, cura castrense, curtido por la vida, los sufrimientos y una amplísima experiencia intelectual, y de la otra aparecía un joven aficionado a la milicia, apasionado por la guerra e inflamado por la política. Tenían en común el interés por la cultura y las letras, el interés por los somatenes y las partidas de voluntarios, ambos hablaban francés y la personalidad de fray Servando tenía que desbordarse y sobresalir por sobre el común de los demás.

Las derrotas de María y Belchite

Tras la batalla de Alcañiz, la «Segunda División de la Derecha» sufrió una profunda transformación y Blake tomó varias decisiones de carácter orgánico. Ascendió al marqués de Lazán incorporándolo a la cúpula de sus oficiales como segundo suyo y cambió la disposición de las columnas que había utilizado hasta entonces, estableciendo tres divisiones al mando, respectivamente, de Aréizaga, Roca y el propio marqués de Lazán. Tenía, además, una vanguardia mandada por el coronel don Juan Creagh y una división de caballería, a cuyo frente se encontraba don Juan O'Donoghú. A sus efectivos anteriores se habían sumado nuevos cuerpos y grupos, enviados desde Valencia o reclutados en el propio Aragón, en la cresta de la ola del entusiasmo provocado por Alcañiz.

¹² Juan Pablo García Álvarez. *Ibidem*, pág. 43.

¹³ Martín Luis Guzmán. *Javier Mina, héroe de España y México. Cía. Gral. de Ediciones, S.A. México, 1966.*

¹⁴ Martín Luis Guzmán. *Ibidem*, págs. 50-56.

¹⁵ *Servicio Histórico Militar. Guerra de la Independencia. Vol. IV. Librería Editorial San Martín. Madrid, 1972.*

En esa reorganización, tal y como aparece en los documentos consultados, el batallón de Voluntarios de Valencia y con él su cura castrense, se incorporó a la división de Aréizaga, directamente a las órdenes del general, cuyo ayudante y discípulo predilecto era Mina.

Después de Alcañiz, la pretensión de Blake fue avanzar hacia Zaragoza, sin mucha prisa, pero con la ilusión de reconquistar la ciudad, aunque en vez de seguir el camino habitual por la carretera de Híjar y Quinto, tomó la ruta de Belchite y Botorrita, buscando los llanos y La Muela, hasta conseguir una posición favorable a sus propósitos. Por eso desplegó a la mayor parte de sus tropas a la salida de María, dejando en retaguardia a la división de Aréizaga, apostada en Botorrita. Esta decisión ha sido muy criticada y se entiende que fue clave, no sólo para esta acción sino probablemente para el curso mismo de la Guerra de la Independencia. La derrota de los franceses en María, de haberse producido, habría cortado la única y principal vía de comunicación de los ejércitos franceses con Francia, hubiera supuesto el cese de todos los suministros y seguramente la capitulación de las tropas desplegadas por Castilla y Andalucía.

Pero María fue un descalabro para Blake, que perdió gran parte de la caballería (el propio O'Donoghú fue hecho prisionero), tropa y gran número de cañones y otros pertrechos. La batalla de María tuvo lugar el 15 de junio, en medio de una descomunal tormenta, que enfangó los pequeños valles que tenían que atravesar los soldados españoles en su huida, a oscuras y por el barro, camino de Botorrita. Allí les esperaba la división de Aréizaga. Algunos autores se preguntan por qué Aréizaga, conocedor de lo que estaba pasando, no desobedeció las órdenes de Blake para acudir en su ayuda. Hubiera sido el apoyo necesario para volcar la suerte a favor del ejército español.

Tres días más tarde, el 18 de junio, los restos de la Segunda División de la Derecha se hicieron fuertes a la salida de Belchite y esperaron a pie firme el ataque francés. Pero Belchite fue todavía más desgraciado. Los españoles no tenían el ánimo para la resistencia y enseguida emprendieron la retirada hacia las posiciones centrales. Lo cuenta fray Servando y su narración coincide exactamente con los relatos de los historiadores: «Acaecida en 18 de junio y malograda por una granada enemiga, que incendió el cajón de un obús nuestro y cincuenta y dos granadas, que obligó al centro de nuestro ejército a retroceder precipitadamente, creyendo que también había volado el depósito de municiones que allí cerca estaba: entonces se dispersó, cayendo en poder del enemigo nueve cañones, municiones, bagajes, etc. y por milagro sólo seiscientos prisioneros, de los que yo fui uno. El día 19 estuve para ser arcabuceado y ya estaban ante mí seis fusileros, como otros seis delante del comandante de la vanguardia del ejército,

teniente coronel don Pedro Tejada, ingeniero habilísimo y valiente, que cayó a mi lado y absolvió. Valióme la pericia del idioma francés y cuando aquella chusma de bárbaros de todas las naciones me oyeron hablar en todas sus lenguas (pues sé nueve), me tomaron tal cariño que al otro día salvé la vida a quince soldados y dos oficiales en el acto de irlos a fusilar; a otro día salvé a cuatro; otro, al Mayor de caballería de Santiago (¿sería el brigadier O'Donojú?) y al brigadier coronel de Olivenza... hice mil cosas, porque mi instrucción para los gabachos era un prodigio; y me daban una canonjía del Pilar, con una pensión del «tío Pepe», para que me quedase de intérprete general del ejército. Yo los entretuve hasta que vi salir todos mis prisioneros para Francia y el día 27 de julio escapé por las montañas de aquella miserable Zaragoza¹⁶.

Por su parte, Guzmán, siguiendo fielmente los partes de guerra, cuenta la disposición de las tropas y el desastre final: «Blake ordenó que se tendiera la línea desde una meseta baja que se veía a un lado, llamada del Calvario, hasta una altura a la parte opuesta, con lo que el pueblo vino a quedar entre ambas alas. El ala derecha se apoyaba en el Calvario; el centro, a orillas del pueblo mismo, en un convento, el de Santa Bárbara y la izquierda, escalonada en varias líneas... Apenas adelantó la columna con que el enemigo vino al ataque, la izquierda española abandonó sus posiciones para buscar refugio en Santa Bárbara. Vino a dominarlo todo, de súbito, el estrépito de grandes explosiones hacia Santa Bárbara. Se veía huir de allá, en desorden, poseído de pánico, uno de los batallones de Roca o de Lazán; otro le seguía después y luego otro y otro... En Alcañiz se supo, por los rezagados que iban agregándose, que todo un regimiento valenciano había muerto a cuchillo a dos leguas y media de Belchite»¹⁷. Nunca estuvo Guzmán tan cerca de fray Servando sin saberlo.

Mina, por su parte, siguió a Aréizaga, que había sido ascendido a teniente general y estaba encargado del mando de las tropas estacionadas en la ciudad de Lérida. Allí Mina insistió ante su jefe y obtuvo de éste la autorización para regresar a Navarra, levantar por sí mismo y capitanear un cuerpo franco, que se llamaría «Curso terrestre de Navarra». Mina acababa de cumplir veinte años.

Fray Servando, tras escapar de los franceses, regresó al cuartel general de Blake, fue recibido por éste, mereció sus elogios y el reconocimiento de sus compañeros y permaneció en Cataluña hasta los primeros meses de 1810. Atraído por la convocatoria de las Cortes, que se reunieron el 18 de marzo en Cádiz, viajó a esa ciudad en comisión de servicio de su batallón y quizá por no abandonar la posible canonjía o dignidad de la catedral de México que Blake había pedido para él. Pasaría a Londres un año después. En Londres, cuatro años más tarde, volvió a encontrarse con

¹⁶ Juan Pablo García Álvarez. *Ibidem*, pág. 44.

¹⁷ Martín Luis Guzmán. *Ibidem*, pág. 65.

Javier Mina, convertido en coronel del ejército español, exilado, liberal y perseguido por Fernando VII y con Mina preparó la que muy pronto sería la gran aventura mexicana del héroe liberal español.

Manuel Ortuño Martínez

Apéndice

«Vivas de Alcañiz»

«Viva el *Séptimo Fernando*
España valiente y leal,
la sabia Junta Central,
viva Blec, siempre triunfando.»

«El pérfido Napoleón
pretendió darnos la ley,
pero juramos al rey,
que nos dio la sucesión:
como la constitución
era sobre todo mando
de mudarla renunciando,
ninguno tuvo poder,
hasta morir o vencer:
Viva el Séptimo Fernando

El poder de los romanos
cuatro siglos se estrelló,
en donde el César tembló
y huyeron los africanos.
El jefe de los tiranos,
de Carlo Magno rival,
arrojó en cadena igual
la Europa; mas no advirtió
que en Roncesvalles venció
España valiente y leal.

Como aliado verdadero
nuestras plazas ocupó
el francés, cuando nos vio
sin armas, tropas, dinero:
pero un castillo roquero
e inagotable arsenal
halló en cada pecho leal:
la invicta Inglaterra ayuda,
y a todo provee sesuda
la sabia Junta Central.

Envidia la Europa esclava
los laureles de la España,
y el negro borrón con saña
en sangre francesa lava.
Ya en la península acaba,
su león la va devorando.»

«Zaragoza está atizando
el valor con su ceniza,
vamos a Numancia aprisa,
viva Blec, siempre triunfando.»

(García Álvarez, Juan Pablo:
La compleja personalidad del
P. Mier, México, 1964)